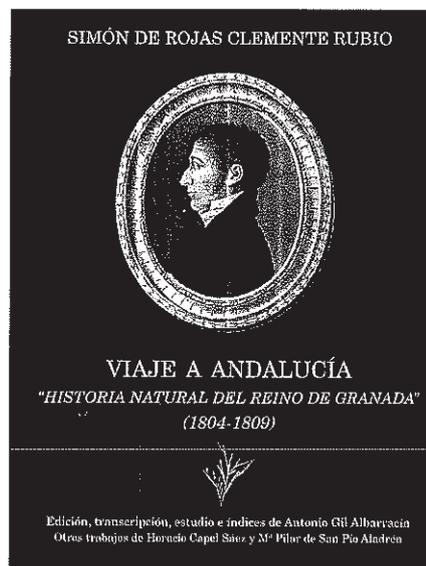


■ ROJAS CLEMENTE RUBIO, Simón de: *Viaje a Andalucía. "Historia Natural del Reino de Granada" (1804-1809)*, (Edición, transcripción, estudio e índices a cargo de A. GIL ALBARRACÍN), Almería-Barcelona, GBG Editora, 2003

Juan Antonio Sánchez López

A lo largo de la Historia, la investigación y el humanismo han venido protagonizando una sugestiva simbiosis de honda repercusión positiva en la mentalidad, criterios, actitudes y formas de actuar del científico como individuo. En este sentido, quizás en el momento presente la tendencia obsesiva a la especialización en átomos de conocimiento —por no hablar de la intolerancia y enclaustramiento cerril en quiméricas torres de marfil que acotan parcelas temáticas y jerarquizan las disciplinas científicas en función de su presunta "utilidad" para el bien público— han generado una incomprensión y un distanciamiento entre las Ciencias que en nada favorece la natural tendencia del ser humano hacia un conocimiento universal, integrador y globalizador de cuanto ha sido capaz de desarrollar y descifrar la mente humana, de lo cual depende, en última instancia, su formación, instrucción y aquilatamiento de sus propias cualidades como persona.

De ahí que resulte verdaderamente alentadora la publicación de obras como la aquí reseñada, que suma a su extraordinario interés histórico y científico una presentación estética que la hacen digna de considerarse una verdadera joya bibliográfica en toda regla; y ello, jus-



to es recordarlo, gracias al empeño y la constancia del profesor Antonio Gil Albarracín, en su condición de mentor y editor del impresionante trabajo que Simón de Rojas desarrollase en su día, a instancias de Manuel Godoy. No podía esperarse menos de un proyecto científico surgido al calor del enfervorizado afán ilustrado por construir un discurso histórico coherente y de corte racionalista, basado en el conocimiento directo y exhaustivo del medio físico como factor clave de un sistema de relaciones y organización social, cuyo trasfondo antropológico pasa necesariamente por la comprensión de lo topográfico.

Ya desde el reinado de Fernando VI, la Corona y las altas instancias educativas y culturales del Estado acometieron una política de estudio de la geografía física y los recursos propios de los territorios metropolitanos peninsulares y de los reinos de Ultramar. En este sentido, ya en 1752 el irlandés William Bowles (Gui-

lermo de Bowles) protagonizó una expedición científica con tales propósitos, continuada en años sucesivos con una serie de viajes a los Virreinos de Nueva España, Nueva Granada y del Perú, amén de los dominios de Cuba. Asimismo, y entre 1791-1793, el botánico Antonio José de Cavanilles verificó un exhaustivo reconocimiento por tierras levantinas, cuyo resultado inmediato fueron las *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia*, publicadas en 1795 y 1797. Ellas sirvieron, en gran medida, de orientación a la comisión gubernamental recibida por Rojas de elaborar una Historia Natural del Reino de Granada. A semejanza de su maestro, Rojas también se propone aplicar a su particular disección del territorio andaluz los presupuestos metodológicos ya ensayados en el *hinterland* valenciano. De ahí que se afanase en conciliar la pulcritud, rigor y precisión del obligado levantamiento cartográfico con una información complementaria que abarcaría la descripción y catalogación botánica, geológica y mineralógica de las variedades constatables en tales campos en la circunscripción marcada. Pero también, el acopio de cuantas noticias y observaciones resultasen provechosas y sugestivas no sólo para configurar la historia natural y geográfica, sino también la político-económica de España. Según se infiere de tales reflexiones, el proyecto ilustrado confería a la promoción y ulterior difusión de los resultados surgidos de iniciativas de este tipo toda la dimensión prioritaria inherente a cualquier asunto de interés público de primera magnitud, en consonancia con el talante filantrópico inherente a la concepción paternalista del Estado. Además, con ello, lograba

imprimirse un cariz institucionalizado y oficial a aquellas tentativas de conocimiento universal que, con unas matizaciones algo distintas, habían alumbrado, en el siglo XVI, el Atlas *Civitates Orbis Terrarum*, editado por Georg Braun con la colaboración gráfica de Frans Hogenberg y Joris Hoefnagel; impresionante monumento bibliográfico fruto también de las pesquisas de un minucioso trabajo de campo previo, convenientemente remodelado y puesto a punto *a posteriori* en una proyección caleidoscópica de la ciudad como ente versátil resultante de unas circunstancias humanas y físicas singulares y, ocasionalmente, imprevisibles.

Acompañado de una serie de estudios preliminares a cargo de los profesores, Horacio Capel Sáez, M^a. Pilar de San Pío Aladrén y Antonio Gil Albarracín; de unos completísimos índices y un magnífico apéndice facsimilar que compendia dibujos y grabados, el libro recoge el diario de viaje de Simón de Rojas Clemente Rubio desde marzo de 1804 a 1809, cuya espontaneidad descriptiva, ligero desaliño y frescura literaria descubren su carácter de borrador y cuaderno preparatorio para una redacción posterior más elaborada en sus afirmaciones, lo cual no es óbice para que la estrategia metodológica suscrita no se revele rigurosa y eficiente, pese a la aparente dispersión que, a primera impresión, pudiera transmitirse. A lo largo de cinco itinerarios, el autor desglosa los aspectos humanos, en comunión con los apartados que dedica a los animales y la vegetación, a la estructura del relieve y al roquedo; sin dejar pasar de largo la oportunidad de incorporar comentarios acerca de las ciudades, edificios, costumbres

y personas; sobre minas y fábricas, sobre métodos de trabajo o de cultivo del viñedo. En lo tocante a la parcela histórica indaga en las repercusiones negativas de la despoblación y el retroceso de la agricultura subsiguientes a la expulsión de los moriscos, escudriñando los libros de apeo depositados en los inmuebles municipales, sin dejar de reivindicar paralelamente su puesta en valor no sólo como documento coyuntural, sino como herramienta de indudable importancia para la historia de la lengua, la sociedad y la economía política.

En apoyo a sus tesis, menciona y hace uso de los testimonios recogidos de historiadores, naturalistas y variopintos contertulios encontrados en su discurrir, introduciéndose, incluso, en una labor de crítica historiográfica sobre el bagaje y el aporte literario precedente. No olvida tampoco cuantas disquisiciones afectan a la confluencia de nuevas y viejas opiniones acerca del tema, las ideas sobre la geología e historia de la Tierra y el cuadro descriptivo que refleja su perspectiva acerca de los problemas de la España del momento, engarzando con la crítica social y las limitaciones que contuvieron el empuje del reformismo ilustrado. Asimismo, y en alusión a la Andalucía dinámica, Simón de Rojas pasa revista a los talleres

artesanales, a las transformaciones tecnológicas y conceptuales de la agricultura, la actividad industrial y, singularmente, su evocación de la memoria histórica y lo vernáculo que delatan una sensibilidad artística tangencial al aprecio de las antigüedades y el esplendor del pasado. Tampoco le pasaron desapercibidos los vocablos singulares en el habla y en la toponimia, inspirándole la configuración de un vocabulario con expresiones y dichos autóctonos de Andalucía. Ello nos hace descubrir en Simón de Rojas Clemente Rubio un espíritu inquieto, cuyo sentimiento estético queda a caballo entre el racionalismo de la Ilustración y la pasión impetuosa del Romanticismo, preconizando una tendencia —cada vez más secundada conforme avanza el XIX y convertida en cotidiana por mor de la contemporaneidad— a diversificar la consideración del viaje y la explotación de sus posibilidades como experiencia vital, al contemplar al mismo tiempo su proclividad a despertar el goce, la curiosidad, el afán por conocer, la erudición, el capricho y la investigación, rompiendo con ello la pasividad y enclaustramiento del individuo ligado, por no decir "encadenado" al mismo hábitat durante siglos, constriñendo su visión de las cosas y del mundo.